

**RENE CARDENAS BARRIOS**



**...DIA 11:  
ASESINAR  
A ALLENDE**

**(Fascismo en Chile - ¡Alerta, Bolivia!)**



**EDITORIAL DIANA  
MEXICO**

1a. Edición, junio de 1974  
2a. Impresión, diciembre de 1974

DERECHOS RESERVADOS © — Copyright ©, 1974, por EDITORIAL DIANA, S. A.  
— Roberto Gayol 1219, Esq. Tlacoquemécatl, México 12, D. F. —  
*Impreso en México — Printed in Mexico.*

*Prohibida la reproducción total o parcial  
sin autorización por escrito de la casa editora*

4

Al coronel de artillería  
ENRIQUE A. ROJAS AGUILAR,  
paradigma de militares y  
maestro ilustre a quien ja-  
más llegaremos a igualar.

R.C.B.

9.	LA OPERACIÓN CENTAURO . . . . .	129
	La guardia muere y no se rinde... ¡Mierda!	132
	Terrorismo . . . . .	142
10.	HACIA EL DÍA DE SAN JACINTO . . . . .	153
	Yakarta viene . . . . .	159
	"No habrá guerra civil" . . . . .	164
	Veinticuatro horas de vida . . . . .	172
	¡Muerte de Allende! . . . . .	174
11.	¿QUÉ VAN A HACER AHORA LOS SIMIOS? . . . . .	177
	¿Dónde está el cadáver de Allende? . . . . .	177
	La Doctrina Estrada . . . . .	182
	Apoyo a los golpistas . . . . .	191
	Reconocimientos, algunos de ellos desinteresados . . . . .	195
12.	¡QUE COMAN PASTELES! . . . . .	197
	Intentos de justificación . . . . .	201
	Resistencia . . . . .	209
	Premios Nóbel . . . . .	214
13.	UN PAÍS ULTRAJADO . . . . .	219
	Repudio universal . . . . .	222
	Su eminencia . . . . .	234
14.	¡ALERTA, BOLIVIA! . . . . .	243
	El mejor marxista es el marxista muerto . . . . .	254
	Allende acribillado . . . . .	258
	Fascismo en Chile . . . . .	264
	Dictadura férrea . . . . .	267
	Supresión del gobierno elegido . . . . .	268
	El enemigo: la cultura . . . . .	269
	Absolutismo . . . . .	272
	Otras características fascistas . . . . .	273
	Agresión y expansionismo . . . . .	276
	BIBLIOGRAFÍA . . . . .	279
	ÍNDICE . . . . .	285

## Introducción

*"El soldado ha recibido las armas para cuidar el orden y para velar por el sostenimiento de las leyes y la Constitución. Se ha depositado en él una gran confianza y se ha descansado en su honor, y si esas armas las vuelve contra el mismo gobierno que se las ha dado para garantizar la seguridad pública, consume uno de los delitos más graves contra la disciplina militar, pisoteando su juramento de lealtad, traicionando a quien en él confiaba, deshonrando al ejército al cual pertenecía."*

Apuntes de código de justicia militar y nociones del derecho de la guerra, formulados por el coronel intendente Anastasio Hernández Manzano.

Popotla, Tacuba, México, D. F. 1939.  
(Edición de 1944)

*Estas palabras son solamente uno de los muchos argumentos que pueden esgrimirse contra los golpistas del ejército chileno que traicionaron no únicamente el compromiso contraído al jurar bajo la bandera azul, blanca y roja que luce en su ángulo superior izquierdo la estrella solitaria, sino también la palabra dada al ejecutivo, que delegó en ellos el mando de las milicias que iban a volver contra él, llenando de oprobio su uniforme.*

*La tragedia del pueblo chileno nos afecta, no solamente por la hermandad nacida del origen, el lenguaje y tantos otros factores comunes a los latinoamericanos, con diferencias regionales, pero similares fundamentalmente, sino también por el paralelismo histórico entre nosotros. Como hermanos, somos distintos, pero semejantes.*

*Nuestro pueblo fue conquistado por los bárbaros europeos de un reino en el que iba a brillar el sol noche y día, al extender sus dominios hasta el Nuevo Mundo. Trajeron la cruz y la civilización europeas, y también la viruela, las enfermedades venéreas, la sífilis, de la cual, según los síntomas, murió Pilato y que se arrojaban unos a otros como papa caliente: los ingleses la llamaban "mal gálico" y los franceses "mal británico". Consumada la conquista, el nuevo nombre para esta enfermedad fue "mal americano", naturalmente.*

*Se llevaron en cambio el oro, que los nahoas llamaban teocuitla, o sea, "excremento de los dioses", la plata, las piedras preciosas y los ricos tapices de plumas. Destruyeron templos, ídolos y códices, principalmente en el llamado "auto de fe de Manú", del cual fue responsable el franciscano Diego de Landa, nombrado en 1572 obispo de Yucatán.*

*La carne de presidio, fugitiva del patíbulo, venía a civilizar a los observadores de los astros. Rodaron los dioses, cayeron los héroes, las mujeres aborígenes fueron violadas. Y de esa violación nació nuestra raza.*

*Muerto Cuicláhuac, el heroico defensor de la Gran Tenochtitlan, víctima de la viruela negra, apresado Cuauhtémoc, aún pudo dar el caudillo azteca lecciones de heroísmo a su vencedor.*

*Hernán Cortés abrazó a Cuauhtémoc y el tlacatecuhtli puso una mano sobre la empuñadura del puñal del conquistador y le dijo: "Malintzin, pues he hecho cuanto cumplía en defensa de mi ciudad y de mi pueblo y vengo por la fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego este puñal y mátame con él."*

*La codicia frustrada de los conquistadores no se detuvo ante la infamia; a Cuauhtémoc, al señor de Tlacopam, Tettlepan-*

*quetzin y a otro caudillo cuyo nombre no ha recogido la historia, les fueron ungidos pies y manos con aceite, para después exponerlos al fuego. El tesorero, Julián de Alderete, fue el instigador principal del tormento, fray Bartolomé de Olmedo un testigo inmisericorde y Hernán Cortés el que dio la orden terrible.*

*Fue un acto estoico que superó a Epicteto. No fueron esclavos liberados los torturados, sino caudillos de un pueblo altivo; no fue la fractura de una pierna la que sufrieron, sino los efectos lentos del fuego que les royó pies y manos poco a poco.*

*Y cuando el hedor de carne quemada invadía el recinto, el caudillo anónimo volvió hacia Cuauhtémoc la mirada suplicante; a lo cual el tlacatecuhtli respondió con palabras lapidarias: "¿Acaso estoy yo en un baño o deleite?"*

*La queja fue ahogada en la garganta del caudillo anónimo, quien murió sin delatar más el dolor terrible que sentía. Cortés, temeroso de las consecuencias de la enormidad de su crimen, mandó retirar del tormento a Cuauhtémoc y a su pariente, Tettlepanquetzin.*

*Pero el conquistador todavía cubriría más de oprobio su nombre. Cuauhtémoc y Tettlepanquetzin llevados a la expedición a las Hibueras, fueron acusados de tratar de rebelarse a Cortés y condenados a la horca infamante.*

*Cargados de cadenas fueron conducidos hasta donde se levantaba una robusta ceiba y allí, Cuauhtémoc le dirigió al conquistador su reproche sereno: "¡Oh, Malinche, yo tenía entendido que esta muerte me habías de dar y había conocido tus falsas palabras, porque me matas sin justicia. Dios te la demande, pues yo no me la tomé cuando me entregué en Tenochtitlan."*

*Puesto el nudo en torno de la garganta de los caudillos, los soldados tiraron de las cuerdas. El peso de las cadenas abrevió el suplicio y agravó la deshonra de los verdugos. Itzamkanac, lugar del martirio, se convirtió en santuario de la patria.*

*De las pampas argentinas llegaron los mapuches, atravesando los Andes. Combatieron a los quechuas, que parecían dispuestos a extenderse hasta lo que hoy es Punta Arenas y se*

adueñaron del Valle del Arauco, en el país que Pedro de Valdivia bautizó con el nombre de Nueva Extremadura y ahora conocemos como la República de Chile.

Diego de Almagro cruzó los Andes por el Paso de San Francisco, a más de 4,000 metros de altura y acampó en el valle de Copiapó. Allí supo que los aborígenes habían dado muerte a una avanzada de su ejército, por lo cual atrajo a los caciques con engaños y quemó a treinta de ellos. Posteriormente regresó a Cuzco.

Valdivia, fundador de las ciudades de Santiago (1541), Concepción del Nuevo Extremo (1550), La Imperial, Valdivia, Villarrica (todas en 1552) y Los Confines (1553), tuvo que enfrentarse a un levantamiento de los mapuchos. Lautaro, caballerango del conquistador, huyó y fue nombrado toqui (jefe) por su tribu.

Alonso de Ercilla y Zúñiga, que participó en la expedición de Jerónimo de Alderete para sofocar la rebelión de los araucanos, relató en su poema épico llamado La araucana, esta etapa de la conquista de Chile. Dice el bardo, en el canto II de su poema:

Por dioses, como dije, eran tenidos  
de los indios los nuestros; pero olieron  
que de mujer y hombre eran nacidos,  
y todas sus flaquezas entendieron;  
viéndolos a miserias sometidos  
el error ignorante conocieron,  
ardiendo en viva rabia avergonzados  
por verse de mortales conquistados.

Si damos fe al testimonio de Ercilla, se reunieron caciques de más de 55,000 hombres, entre ellos Tucapel, "carnicero de cristianos", el mozo Angol, Cayocupil, el viejo Millarapue, Paicabi, Lemolemo, Mareguano, Cualemo, Lebopía, el fornido Elicura y el más anciano de todos, Colocolo. Según nuestras cuentas, Colocolo, nacido en 1515 tendría 39 años en 1554 y si es calificado por el capitán Alonso de Ercilla como anciano, los otros debían tener un promedio de 25 años de edad. Empero, es necesario recordar que la esperanza de vida ha aumentado mucho

en más de 400 años, por lo que la apreciación de Ercilla no es muy exagerada.

Otros asistentes fueron Ongolmo, Purén, Tomé, Andalicán y Lincoya, descrito como bravo y orgulloso, "diestro, gallardo, fiero en el semblante, de proporción y altura de gigante". De acuerdo con el poeta, Lincoya tenía más de seis mil súbditos.

Peteguelén, reconocido como señor del valle del Arauco, no asistió, "por estar impedido de cristianos". Luego de las saluciones y los comentarios cordiales, principió el festín, rociado con libaciones abundantes.

A medida que transcurría el tiempo, el tono de las voces se elevaba y perdía cordialidad, al proclamar cada cacique sus méritos para ponerse al frente de los araucanos en contra del invasor. Cada vez con mayor agresividad, proclamaron su valor Tucapel, Elicura, Ongolmo, Lincoya, Angol, Cayocupil, Lemolemo y Purén, mostrándose dispuestos a demostrar su dicho con las armas, contra quien tratara de disputarles el mando.

Parecía que la causa de los mapuches sería vencida allí por ellos mismos, entre mesas derribadas y sin que los españoles sufrieran una sola baja, cuando intervinieron Tomé y otros caciques y los apartaron, aunque no sin dificultad antes que pudieran herirse unos a otros. Fue entonces cuando habló Colocolo, la voz de la prudencia, expresando su temor de que:

...vuelta entre nosotros la porfia,  
degolléis vuestra patria con su fuerza:  
cortad, pues, si ha de ser desu manera,  
esta vieja garganta la primera.

Colocolo propuso que fuera nombrado capitán de los mapuches quien sustentara por más tiempo un gran madero, sin detenerse a descansar. Ercilla sugiere que el cacique propuso esa prueba para dar tiempo a que llegara Caupolicán, a quien mandó llamar.

Discutida y aceptada la proposición, se trajo el madero "que era un macizo libano fornido que con dificultad se rodeaba". Comenzó la prueba con los caciques cargando el cedro entre cuatro horas y media hasta día y medio, hazaña esta última

realizada por Lincoya, corriendo de un lado a otro para demostrar que la carga no lo afectaba.

Pasaron así más de cuatro días, al final de los cuales llegó *Caupolicán*, haciendo preocuparse a Lincoya, quien ya se sentía triunfador. Alonso de Ercilla comienza a describirlo así:

...tenía un ojo sin luz de nacimiento  
como un fino granate colorado

y continúa adornándolo con las cualidades de un semidiós: es grave, severo, áspero, riguroso, justiciero, grande, con pecho saliente, hábil, diestro, fortísimo, ligero, sabio, astuto, sagaz, determinado.

Hayan sido verdad o ripio estas cualidades, el capitán de Ercilla describe la forma en que *Caupolicán* sustentó sobre su hombro el libano durante dos días con sus noches y fue reconocido como capitán de los araucanos para la difícil empresa que iban a iniciar.

Lautaro, el yanacona, llamado así por haber servido a los españoles, fue el estratega. De acuerdo con el plan, *Caupolicán* encomendó a *Palta*, un sargento, que eligiera a ochenta valientes, entre los menos conocidos, poniéndolos a las órdenes de dos soldados, *Cayeguano* y *Alcatipay* de *Talcaguano*.

Había próximos al sitio de la reunión tres fuertes con muros gruesos, rodeados de foso y dotados de puente levadizo y rastrillo. Los ocupaban soldados veteranos, con caballos, artillería y vituallas y los mapuches ardían en impaciencia por encaminarse al más próximo y tomarlo en un ataque frontal.

*Caupolicán* ordenó que los 80 valientes partieran hacia el fuerte de *Tucapel*, cargando atados de heno, hierba y leña, dentro de los que llevaban ocultas sus armas. No debían contestar preguntas en su camino y una vez dentro del fuerte atacarían a los españoles.

Así lo hicieron y después que el resultado del combate osciló en favor de uno y otro bando, los mapuches fueron expulsados del fuerte en el momento en que llegaba *Caupolicán* con los refuerzos, hallando levantado el puente y bajado el rastrillo.

*Caupolicán* sitió el fuerte, jurando no dejar de él piedra sobre piedra. Un español, sorprendido afuera o queriendo elevar con su ejemplo el ánimo de sus compañeros, desafió a los mapuches y los españoles salieron en su defensa, empeñándose en batalla feroz, en la que los araucanos obligaron a los europeos a volver a encerrarse en el fuerte. La acción terminó esa misma noche cuando los españoles rompieron el sitio y huyeron a *Purén*.

En *Penco*, *Valdivia*, acusado por Ercilla de perezoso, negligente, incrédulo, remiso y descuidado, se sacudió al fin de la molicie y viajó a *Concepción*, donde reunió gente y partió hacia *Tucapel*, donde, en opinión del cronista poeta, hubiera podido llegar a tiempo para hallar de pie el fuerte, "con soldados, con armas, municiones, seis piezas de campaña y dos cañones".

Pero, acusa Alonso de Ercilla, abandonó el camino, se metió por otro donde había una mina de oro y se detuvo a admirar las ricas vetas, prisionero de la codicia. Y si es Ercilla quien habla de la codicia de *Valdivia*, alguna verdad debe haber en sus palabras.

Al fin, con 50 hombres y los acostumbrados yanaconas, se enfrentó a los mapuches, que atacaban con furia y después eran remplazados por gente de refresco, siguiendo el plan de *Lautaro*. Las ruinas del fuerte de *Tucapel*, quemado por los araucanos, vieron caer uno a uno a los jinetes españoles, hasta que un puñado de ellos huyó, nada más para ser alcanzados y exterminados, con excepción de *Valdivia* y de un clérigo que fueron tomados prisioneros.

El gobernador fue arrastrado desnudo hasta el campamento mapuche llevando puesta todavía la celada. Allí fue hecho tragar polvo de oro para saciar su codicia, hasta que murió sofocado.

*Francisco de Villagra* salió entonces de *Concepción* y alcanzó a *Lautaro* al sur del río *Bio-Bío*, donde el español fue derrotado. El mapuche concibió el plan audaz de apoderarse de *Santiago* y acampó a orillas del río *Mataquito*, donde fue atacado por *Villagra* y murió en la lucha.

La admiración por Lautaro es tan grande que los libertadores sudamericanos, entre ellos el caraqueño Francisco Miranda, formaron la logia que llevó su nombre para proyectar la libertad de las colonias. José de San Martín fundó en Buenos Aires una filial de la logia Lautaro. Colocolo, el prudente cacique mapuche, es otro héroe de la epopeya del Arauco, habiendo sido comparado por Voltaire con Néstor, el sabio rey de Pilos.

Pero entre estos astros brillantes resplandece la figura de Caupolicán, quien cayó únicamente para elevarse a la excel-situd. Don García Hurtado de Mendoza continuó la campaña contra los araucanos y consiguió apoderarse del caudillo. Y entonces, la barbarie vengativa condenó al mapuche a una muerte terrible.

Algunos historiadores timoratos se reprimen de hacer la descripción del suplicio de Caupolicán; el poeta es menos pudoroso y relata el modo en que fue ejecutada la sentencia terrible: Caupolicán sería empalado y aseteado.

Descalzo, desnudo y arrastrando dos pesadas cadenas, el caudillo fue conducido al cadalso con una soga al cuello. Subió al tablado sin ayuda y sin esfuerzo y al ver el salvaje instrumento en el que se había tramado darle muerte, tuvo una última acción magnífica de rebeldía.

Levantó un pie encadenado y dio con él fuerte golpe al verdugo negro, haciéndolo rodar lejos, malherido. Luego, él mismo ejecutó su sentencia, sin que sus facciones revelaran el dolor intenso que le debió causar la estaca aguda que destrozaba sus entrañas.

Y así esperó, impávido, mientras las flechas se clavaban en su cuerpo dándole muerte cruel. No fueron soldados, sino vulgares verdugos sus victimarios.

Cuauhtémoc y Caupolicán, en lugares alejados uno del otro, fueron cada uno la roca donde se levantaron nuestras respectivas nacionalidades, mexicana y chilena, hermanadas por la historia. Fueron también el núcleo de nuestra raza.

No hay ya, no puede haber rencor por sucesos tan remotos. La herida está cerrada. Queda, eso sí, la cicatriz imborrable y

el ejemplo glorioso, que reduce distancias y nos hermana. Las lenguas aborígenes se oyen cada vez más aisladas: la de los altivos aztecas, los dulces acentos del jamás vencido purépecha, de los zapotecas, las voces melodiosas del guaraní, las palabras quechuas, aymaraes y araucanas.

Ellos son el núcleo de nuestros pueblos, que respetan a los gobernantes elegidos por ellos mismos y les son fieles, no los altos jefes de ejércitos europeizados, armados por los traficantes de los minerales estratégicos y azuzados por los herederos de tierras que nunca cultivaron, los dueños de riquezas producidas por la rapiña, los explotadores de concesiones arrancadas por medio del intimidamiento, apoyados por naciones poderosas y los incapaces de soportar la menor privación a cambio de que la patria pueda romper el yugo.

Ante los ejemplos de Cuauhtémoc, del inca Atahualpa y de Caupolicán, la actitud de los golpistas que asesinaron al presidente Allende tiene que parecer mezquina.

Septiembre de 1973.

# 1

## Los comensales = Los TRAI'DORES

La procedencia de la gran mayoría de ellos es oscura, excepto quizá en los medios militares y navales chilenos. Tal vez podría deducirse que salieron de un albañal, hambrientos y olfateando sangre. Quizá surgieron de una probeta, donde se habían puesto el lodo de los pantanos más mefíticos y los miasmas pestilentes cultivados previamente en letrinas.

Al salón en penumbra entró René Carrasco, jefe de los "pacos" (policía civil de Santiago) y buscó minuciosamente tras los cortinajes, en todos los rincones, incluso bajo las mesas y dentro de los retretes, delatando su manía persecutoria. Convencido de que no había en el lugar enemigos ocultos, salió a dar parte a los generales.

El general Manuel Torre de la Cruz llegó desde la ciudad más meridional de América, Punta Arenas, preparándose para ordenar ejecuciones. El general de división del ejército de tierra, Oscar Bonilla, entró después, hojeando apresuradamente las Memorias de Fouché; quería aprender a la mayor brevedad lo que no había estudiado nunca.

Luego llegaron tres generales de carabineros; me hacen pensar en las brujas de Macbeth: Diego Barba Valdés, quien volvió del retiro para participar en el festín; Marco McKay Garaqumata y Arturo Goanes. El general de división Rolando González Acevedo entró para encargarse de la economía de los golpistas.

El sonido de motores a reacción de los cazas bombarderos *Hawker Hunter* precedió a la llegada del general de brigada

aérea Humberto Gutiérrez Figueroa. Lo siguió su colega, de la misma arma y grado, Arturo Vivero. Miró con suspicacia a los presentes antes de intercambiar con ellos saludos y abrazos con cordialidad fingida y recelosa.

Siguió el desfile de generales con Herman Brady, jefe de la guarnición de Santiago. Se le unieron los generales Baeza, Camilo Valenzuela Godoy y el director de carabineros, Vicente Huerta Celis. Las conversaciones, inicialmente sostenidas en voz natural, poco a poco comenzaron a elevarse de tono y a llenarse de euforia.

Fue ese ambiente el que recibió a dos ex generales, Roberto Viaux Marambio y el fascista declarado Alfredo Canales. Los fantasmas se mezclaban con los seres vivientes, cuando entró el general Javier Palacios, en uniforme de campaña.

Del sur vino el general Muñoz Bravo y se encaminó a saludar a Torre de la Cruz; y de Concepción llegó un general más, que respondía al nombre sonoro de Washington Carrasco. Nombre con remembranzas del Capitolio.

Sombras de falangistas, camisas pardas, camisas cafés, boinas verdes, boinas cafés y boinas negras, precedieron la entrada de la bestia tetracéfala que se une y se desune, formando alternativamente un solo cuerpo, o dos, tres y hasta cuatro. El primero fue César Mendoza Durán, el caballista que cooperó con el equipo chileno de equitación para traer de Helsinki una medalla olímpica de plata.

Unicamente entonces fue un César, aunque de segunda categoría. Después, su estatura disminuyó hasta convertirse en un homúnculo, un Gilbert Roland devaluado, con el bigote crecido, de 55 años, que desahogaba sus frustraciones en el cuerpo de carabineros. Hasta que llegó la oportunidad de convertirse en un traidor de triste celebridad.

El segundo futuro cuatorviro que entró fue el comandante de la fuerza aérea chilena, Jorge Gustavo Leigh Guzmán, de 53 años, con mirada siempre huidiza, modales y voz suaves, apodado "Gus"... apócope de Gustavo e insignia de gusano. Llegó con una anaconda enredada en el cuerpo. El ofidio le cosquilleaba una oreja con la lengua bífida.

Ambos se encaminaron a los lugares de "honor" en la mesa, permanecieron de pie, aguardando, con los ojos fijos en la entrada al salón. Apareció entonces un marino de nariz prominente, ojos encapotados, bigote espeso, engomado y al parecer planchado con anacrónica bigotera y mentón huidizo: el vicealmirante José Toribio Merino Castro, de 57 años de edad.

Merino, derechista duro, energético, se colocó a la izquierda de Durán, depositó sobre la mesa una bolsa con trece monedas, que produjeron un sonido de oro y crispó sobre ella una mano avariata.

Llegó luego el último miembro del cuarteto, el general Augusto Pinochet Ugarte, de 57 años, corpulento y con antecedentes de autor de libros de geografía, profesor de colegios militares en Santiago y Quito, Ecuador, y de agregado militar en la embajada de Chile en Washington, donde sin duda terminó de ser adoctrinado.

"César" y "Augusto" el fascismo no debe parecer raro en ellos. La tragedia del segundo debe ser el tener un apellido que es una parodia de "Pinocho", el muñeco de los cuentos italianos, a quien le crecieron la nariz y las orejas por decir mentiras. No es difícil saber quién maneja los hilos de este Pinochete.

El general entró mirando a todos con los ojos entrecerrados; de pronto, al notar una mirada insistente, se detuvo bruscamente y exclamó con voz amenazadora:

—¡No soy asesino!

Luego de la breve detención fue hasta la mesa y se detuvo a la izquierda de Leigh.

Los ojos rojos de la anaconda brillaron y el ofidio se deslizó hacia Pinochete para rodearle el cuello con sus anillos. El general delató por un momento el pavor en su expresión, pero logró dominarse, aunque no sin que algunos de los presentes notaran la reacción.

Estaban ya presentes más generales que los que mandan el ejército estadounidense\* y los efectivos de las fuerzas armadas

\* Ejército de Estados Unidos, 15 generales; fuerza aérea, 13 generales; infantería de marina, 11 generales.

chilenas eran solamente de 95,000 hombres, entre ejército de tierra, armada y fuerza aérea y carabineros, de manera que todos parecieron ansiosos de ofrecer sus servicios a los cuatroviros.

Mientras los generales se apresuraban a participar en el besamanos, René Carrasco llevó al señor embajador hasta el rincón más alejado. La mitad derecha de la cara del diplomático mantenía una serenidad impasible, mientras la mitad izquierda sonreía maliciosamente.

El jefe de la policía dejó en esa esquina al señor embajador y regresó hacia la entrada para introducir a otro personaje. El recién llegado se detuvo un instante para recorrer con la mirada a los presentes. Llevaba alrededor del brazo izquierdo un brazalete con una descolorida Estrella de David y abajo la fecha: 1938.

El brillo de su ojos se apagó un poco al notar la ausencia de mujeres en la reunión, pero se encogió de hombros, hizo girar el brazalete hasta que mostró una flamante svástica e hizo una inclinación breve de cabeza hacia Carrasco. El "paco" se encaminó presuroso al rincón donde estaba el diplomático, seguido a grandes zancadas por el recién llegado. Después se alejó, dejándolos en conversación animada en voz baja.

Mientras tanto, continuaban llegando los invitados: el almirante Horacio Justiniano Aguirre, orgulloso de sus nombres, pero inconforme con no apellidarse Nelson; el general del aire José Bernichelli, nervioso al ver que sus compañeros se habían adelantado a él.

Los contralmirantes Ismael Huerta Díaz y Lorenzo Botuso se presentaron juntos, cumpliendo el pacto de no buscar ventajas, pero recelosos uno del otro; ambos llevaban ejemplares de los *Discursos sobre el primer decenio de Tito Livio*, de Nicolás Maquiavelo.

Entraron luego el vicealmirante Patricio Carvajal Bravo y el almirante Hugo Tirado Barros, alegres por la posibilidad de poner más estrellas en su bandera. Los escoltaba un grupo de civiles del movimiento "Patria y Libertad", misioneros de la sociedad John Birch.

La comitiva de los marinos observaba a su jefe máximo, Roberto Thieme y a una señal hicieron todos el saludo fascista. El general Eduardo Cano entró con expresión de Shillock e hizo una mueca de disgusto al ver a los civiles. Esta actitud no afectó al coronel Alberto Labbé Troncoso, ni al civil Pablo Rodríguez Grez, quienes principiaron a repartir brazaletes nazis entre los civiles.

La llegada de Eduardo Frei Montalva no impresionó a ninguno de los presentes; el ex presidente se retiró luego de saludar a Mendoza, a Gusano, a Merino y a Pinochete, quien ahora mostraba alrededor del cuello el dogal de Judas, sin hallar dónde colgarse.

Al general Carlos Prats, que en breve había de negar al presidente, le fue negada la entrada. También enviaron su representación las familias monopolistas de la banca, la industria y el comercio; se recibieron telegramas de adhesión del capitalismo y el sistema bancario internacionales.

Pasaron lista de presentes Luis Vilarín (o Vil Orín) y Juan Jara, líderes de los propietarios de transportes. Se presentó el abogado Gonzalo Prieto Gándara dispuesto a entregar la justicia ahorrada a Pinochet, el Hitler de laboratorio.

La educación tendría que ser puesta en manos de un civil; no había entre los militares quien pudiera dirigir ese ministerio y el elegido fue René Tobar. El coronel de aviación Sergio Crespo Montero se presentó dispuesto a volver al servicio activo.

Otro coronel de aviación, Alberto Spencer Covarrubias, precedió al capitán Roberto Garrido, de la guardia presidencial. El teniente coronel Roberto Souper Onfray se ofreció a tomar de inmediato la ofensiva con su regimiento blindado número 2 y al serle negado el privilegio, se retiró irritado.

Asistieron también el coronel Rubio, Raúl Bazán, Sergio Jarpa (presidente del Partido Nacional de Derecha), y los ex presidentes Gabriel González Videla y Jorge Alessandri acudieron a disputar a Frei una tajada en el reparto de promesas.

Federico Willoughby entró repitiendo:

—¡Se suicidó! ¡Se suicidó! —como ensayo de posibles declaraciones posteriores.

El coronel Jorge Espinosa se acercó a los cabecillas, en espera de órdenes. Patricio Aylwin, profesor de derecho público de la Universidad de Chile, asistió en representación del Partido Demócrata Cristiano, al cual presidía. El coronel Aquiles López Barrenechea se colocó tras de Pinochet prometiéndole a Espinosa un cargo de carcelero y otro coronel más, Pedro Jouvin, se puso a las órdenes de los jefes.

Saboteadores, tecnócratas, politicastos y ultraderechistas se desnudaron en una habitación vecina para bailar con las amas de casa de clase elevada, al compás de cacerolas vacías que jamás utilizaron en sus cocinas.

Mientras tanto, la conferencia del señor embajador con su enérgico interlocutor concluyó en el rincón. El diplomático salió sin ser notado y el hombre del brazaleté judío-nazi lo imitó, después de lanzar una mirada a las amas de casa que comenzaban a entrar al salón golpeando con cucharas sus cacerolas.

Redactores de los diarios de Madrid ABC, monárquico, y Ya, episcopal; del Jornal do Brasil, de Río de Janeiro y de El Mercurio y La Tercera de la Hora, chilenos, se dispusieron a escribir su versión de la zarabanda de los gorilas para someterla a la aprobación de los cuatorviro.

Aquí también leerá usted una versión de lo ocurrido, solamente que sin censura.

### ¡NO HAGO TRATOS CON TRAIADORES!

Los edecanes militares insistieron en hablar con el compañero presidente. Después de una discusión breve con un miembro del Grupo Amigos Personales, guardia personal del señor Salvador Allende, decidió despertar al mandatario.

Fue así como el compañero presidente se enteró de que la armada se había rebelado en el cercano puerto de Valparaíso. A esa hora en que la primera palidez de la mañana no teñía las cumbres andinas, el mandatario principió a dar órdenes. Debía mantenerse una línea de comunicación con la ciudad

portuaria. Requirió informes telefónicos respecto a la situación en cada plaza militar. La información recibida lo hizo tomar la decisión de ir al Palacio de la Moneda, sede gubernamental.

Y es aquí donde surge la primera incongruencia con los propósitos declarados por los golpistas. Formaban parte de la conjuración René Carrasco, jefe de la policía capitalina y César Mendoza Durán, comandante de los carabineros (policía militar).

Ellos debieron proporcionar información relativa al sitio donde se hallaba el mandatario, los efectivos con que contaba y el armamento del que debía disponer. Además, los cabecillas debieron deducir cuál sería la reacción del señor Allende, que tenía la alternativa de:

1. Escapar hacia un aeropuerto, probablemente el de Pudahuel y tomar allí un avión que lo llevara al extranjero. Después podrían acusarlo de haber tenido allí un aeroplano que lo esperaba para facilitarle la huida y de poseer riquezas depositadas en el exterior. El número de bajas de ambos bandos hubiera sido mínima.

2. Acudir a su puesto en el Palacio de la Moneda y organizar la defensa armada, en cumplimiento de las obligaciones de su investidura.

3. Permanecer en su residencia en el Barrio Alto de Santiago.

El compañero presidente escogió la conducta más peligrosa, la única posible para un hombre con su integridad moral y sus principios arraigados profundamente: ir al Palacio de la Moneda.

A su vez, los conjurados podían elegir entre las posibilidades siguientes:

1. Sitiarlo en su casa en las calles de Tomás Moro. No fueron escrúpulos lo que les impidió hacerlo, pues más tarde iban a bombardear y ametrallar la residencia presidencial, sin importarles que en su interior estuviese la esposa del mandatario.

2. Dejarlo escapar por aire o permitirle que ganara la frontera en algún vehículo motorizado y después emprender una campaña de descrédito, de la cual sin duda algo quedaría.

3. Interceptarlo en el trayecto hacia el aeropuerto, la frontera (la mejor posibilidad en este caso era escapar a Argentina) o el Palacio de la Moneda. Los golpistas podían elegir el lugar del enfrentamiento.

El compañero presidente no llegó a tener a sus órdenes 300 hombres para hacer resistencia. Además, es lógico que tanto él como sus acompañantes no debieron llevar más que armas portátiles. En cambio, los conjurados disponían de la superioridad numérica, la potencia de fuego de los tanques *Sherman* y los cañones motorizados y si eso no era bastante, cazas bombarderos *Hawker Hunter*, cada uno de ellos con doce cohetes, ametralladoras y cañones. También poseían helicópteros. El número de bajas habría sido corto.

4. Permitirle llegar al Palacio de la Moneda y sitiario, para hacer una demostración de fuerza y acabar con él.

Esto último fue lo que hicieron. El señor presidente salió de su residencia en el Barrio Alto y caminó hacia la sede del Ejecutivo, acompañado de un grupo pequeño de miembros del GAP y de edecanes y amigos personales.

Caminó por las calles semidesiertas, acompañado por su escolta y llegó al Palacio de la Moneda. Allí, los informes confirmaron la gravedad de la situación. Aunque un corto número de marinos leales opuso resistencia a las fuerzas del comandante de la zona naval de Valparaíso, almirante José Toribio Merino Castro, fueron dominados rápidamente.

El señor presidente llamó por teléfono a su casa, despertando a su esposa, la señora Hortensia Bussi de Allende.

—La situación se ha agravado —le dijo—. La armada se ha rebelado y voy a quedarme aquí.

Isabel Letelier y Frida Mohan llegaron al Palacio de la Moneda a tiempo para oír que el presidente Allende recibía una llamada del general Augusto Pinochet Ugarte, jefe de la junta militar.

El ofrecimiento de "Pinochete" fue la oportunidad de huir en un avión con su familia y sus colaboradores, comprometiéndose a proporcionar a todos salvaconductos a cambio de la capitulación absoluta.

—¡Yo no hago tratos con traidores! —fue la respuesta del compañero presidente.

Y principió a preparar su mensaje a la nación.

No pasó mucho tiempo sin que volviera a sonar el teléfono. Esta vez fue el almirante Merino quien lo conminó a rendirse. La contestación del señor presidente no fue menos enérgica que la dada a "Pinochete":

—No me rindo. Ésa es una postura para los cobardes como ustedes.

El presidente siguió redactando su mensaje.

—Los militares me han pedido que dimita. No renunciaré —dijo por radio a la nación y a los golpistas—. No lo haré. Estoy dispuesto a resistir con todos los medios a mi alcance.

Pidió a la población que conservara la calma y conminó a los obreros que ocuparan sus centros de trabajo.

## SUS ANCESTROS

No podemos adivinar cuáles fueron los pensamientos íntimos del compañero presidente durante esas seis últimas horas de su vida; pero, sin duda, no se ocupó de recordar su existencia desde que abrió por primera vez los ojos a un panorama de lejanías marinas, en Valparaíso, el mismo puerto donde iba a nacer Pinochete ocho años después y de donde iba a partir la traición de Merino 65 años más tarde.

Sus primeros estudios los hizo en Tacna, la ciudad peruana ocupada entonces por chilenos como consecuencia de la guerra del Pacífico; en Valdivia, en la región de Los Lagos y en su nativo Valparaíso. También estuvo en Iquique, donde floreció el imperio del salitre, que iba a decaer hacia 1920 y en Arica, ciudad y puerto al extremo septentrional del Valle de Azapa.

Al viajar en esa forma desde la infancia, comenzó a conocer su patria y su pueblo y, al conocerlo, a amarlo. Su padre, el abogado Salvador Allende Castro y su madre, Laura Gossens, fomentaron siempre en su hijo el amor por la patria.

Pero la herencia de Salvador Allende Gossens venía de más atrás, cuando menos desde sus abuelos. Uno de ellos tuvo

intervención como médico en la guerra del Pacífico, iniciada en 1879 contra la Confederación Peruano-Boliviana.

Los límites entre Chile, Bolivia y Perú jamás habían estado bien definidos. Cuando el gobierno peruano elevó los impuestos de aduana al trigo producido en el Valle Central de Chile, y Valparaíso arrebató a Callao la supremacía comercial, se produjeron tensiones entre ambos países.

Chile reclamaba una demarcación de límites con Bolivia y Perú, basándose en las Leyes de Indias. Participó en la explotación de minas bolivianas, mediante inversión de capital. Mientras tanto, las medidas que tomaban los gobiernos chileno y peruano hacían aumentar la amenaza de la guerra.

El embajador estadounidense en Perú apoyaba a los peruanos, en tanto que su colega en Chile era partidario de los chilenos. La intervención de James J. Blaine, secretario de Estado del presidente James A. Garfield, únicamente causó resentimiento de ambas partes hacia el estadounidense.

Un tratado entre el gobierno chileno de José Joaquín Pérez y el dictador boliviano Mariano Melgarejo fijó nuevos límites entre Bolivia y Chile en los 24° de latitud sur. Se pactó, además, que los chilenos y los bolivianos compartirían equitativamente los productos de los depósitos de guanos que se hallaran entre los 23° y los 25° de latitud sur.

Con todos estos antecedentes y el de la guerra de 1837 contra la Confederación, la paz entre peruanos y bolivianos por una parte y chilenos por la otra, era bastante inestable. Se hizo todavía más precaria cuando compañías inglesas y alemanas resucitaron el convenio de defensa entre Perú y Bolivia.

De modo que al desconocer Bolivia los tratados comerciales con Chile y elevar los impuestos sobre la producción minera, el presidente chileno Aníbal Pinto declaró la guerra a ambas naciones en abril de 1879.

Soldados chilenos tomaron Antofagasta y obtuvieron la victoria en Iquique; en 1880 ocuparon Tacna y Arica y al año siguiente se apoderaron de Callao y Lima, donde permanecieron hasta 1884.

La paz con Perú se firmó mediante el Tratado de Ancón en 1883 y se pactó una tregua con Bolivia al año siguiente. Chile se apoderó de Tarapacá y ocupó Tacna y Arica por un término fijado en 10 años, después de los cuales un plebiscito determinaría a qué nación pertenecerían una y otra ciudades o ambas. La paz con Bolivia no se firmó hasta 1904. Esta nación había quedado sin salida al mar.

En esa época, las bajas en campaña eran más considerables por la falta de atención médica, que por las heridas que padecían los soldados. El abuelo del que iba a ser el presidente mártir de Chile fue quien organizó los servicios médicos del ejército durante la guerra del Pacífico.

El otro abuelo, Gran Maestro Sereno de la Orden Masónica de Chile, que fue electo senador por el Partido Radical, fundó la primera escuela laica en Chile. Así, con genes de un médico y un anticlerical, con tradición familiar de servicio militar y social y de político, únicamente era necesario el tiempo para que surgiera el prócer.

## 2

### Solidaridad chilena con México

A baja altura apareció un avión Hawker Hunter, seguido del rumor de sus motores a reacción. Hizo un vuelo de reconocimiento y luego volvió una vez localizado ya su objetivo.

Inclinó la nariz y picó hacia el edificio que alojaba la radioemisora "Corporación" del gobierno. El impacto de los proyectiles de grueso calibre fue acompañado por el eco de las detonaciones.

Era necesario enmudecer al presidente, que su voz enérgica no volara más allá de las fronteras. Antes que nada debía caer la libertad de expresión. Luego seguirían segando todas las otras libertades. Que el mundo no supiera lo sucedido; los golpistas propagarían solamente su "verdad". Le quitarían primero al señor Allende la voz; luego le quitarían la vida. La International Operator Center, que opera las comunicaciones por satélites, cooperó retirando del aire los canales que entraban al país y salían de él. (OSCAR) AISLAR

Doscientos o doscientos cincuenta carabineros tomaron posiciones de combate dentro del Palacio de la Moneda. El Grupo Amigos Personales también se distribuyó, apostándose en puertas y ventanas. Había en el recinto armas y municiones suficientes. Solamente que el edificio fue construido para acuñar moneda y luego adaptado como sede gubernamental; no era una fortaleza apropiada para resistir un ataque combinado de fuerzas de infantería, apoyadas por tanques y artillería motorizada y aviones cazas bombarderos.

Los miembros del GAP se dispusieron a resistir hasta el fin. Tal vez algunos trataban de ganar tiempo; quizá alimentaban una débil esperanza de recibir refuerzos. Pero conocían la fuerza del ejército chileno. Sabían que habían aceptado una misión suicida. Y prefirieron la muerte a la ignominia que llenó los nombres de los militares traidores, de los fascistas del movimiento "Patria y Libertad", de los líderes de los transportistas.

\* \* \*

La infancia de Salvador Allende Gossens coincidió con la intensificación del movimiento obrero. Las compañías inglesas explotaban el nitrato natural chileno. Alrededor de 10.000 obreros de Iquique emplazaron a huelga a su patronos, como ocurrió en México: en Cananea (1906) y en Río Blanco (1907); igual que en Cananea y Río Blanco, las ametralladoras del ejército contestaron por los patronos en Iquique.

La represión armada en Iquique dejó un saldo sangriento de más de 2.000 muertos, entre hombres, mujeres y niños; también propició el nacimiento de la FTCh (Federación de Trabajadores Chilenos), que iba a buscar el mejoramiento de los salarios y de las condiciones de vida, en ese tiempo ante las empresas inglesas y después ante las compañías estadounidenses que las sustituyeron.

Después comenzaron a llegar las empresas estadounidenses, como la Guggenheim, la Andes Copper Mining y la Kennecott Copper Corporation, en busca del cobre rojo. De modo que cuando bajó el precio del salitre por haberse descubierto los abonos artificiales, las compañías norteamericanas ya estaban establecidas firmemente.

La matanza de Iquique, cuando Allende tenía un año de edad, no detuvo el movimiento obrero. Las huelgas continuaron y nació el Partido Obrero Socialista, fundado por Luis Emilio Recabarren. La clase media luchó por desplazar del poder a los conservadores.

El ejército se rebeló contra el presidente Ramón Barros Luco, quien a pesar de todo concluyó su mandato, entregando

el gobierno a Juan Luis Sanfuentes, contra el cual también se levantaron los militares organizados en la que llamaron Sociedad del Ejército de Regeneración.

En este clima de tensión y de crisis causada por el fin de la Primera Guerra Mundial, ascendió a la presidencia Arturo Alessandri, quien fue presionado también por los militares que lo obligaron a abandonar la presidencia, siendo sustituido por una junta militar encabezada por el general Luis Altamirano.

Esto sucedió el mismo año en que el joven Salvador Allende Gossens terminó brillantemente sus estudios primarios, teniendo ya fama de orador y de caudillo en su medio estudiantil. Al año siguiente ingresó como voluntario al cuerpo de coraceros de Viña del Mar, del cual salió como oficial de la reserva y calificado como el mejor jinete de la corporación.

Pudo haber seguido sus aptitudes ecuestres por el camino hacia la fama y la popularidad; pero en él se debatían dos tendencias heredadas de sus abuelos: la medicina y la política. Con el transcurso del tiempo brillaría de manera intensa en ambas actividades.

Mientras tanto, el almirante Neff y el general Altamirano constituyeron una junta de gobierno de tendencias derechistas. Se produjo el antagonismo entre los militares, que motivó un levantamiento contra la junta de gobierno. Entre los alzados estaba un mayor llamado Carlos Ibáñez del Campo, a quien apodaban "El Caballo".

Todavía tomó el mando del gobierno Emilio Bello Codesido, antes que la junta militar llamara al presidente Arturo Alessandri a finalizar su término de gobierno. Antes de ceder la presidencia a su sucesor Luis Barros Borgoño, Alessandri terminó de formular la Constitución de 1925. Ibáñez fue ministro de Guerra desde ese año hasta 1927.

Allende ingresó a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y destacó inmediatamente como estudiante excelente. Su oratoria le dio gran popularidad entre sus compañeros, que más tarde iban a elegirlo como presidente del Centro Médico de Estudiantes.

Carlos Ibáñez del Campo, nacido en Linares, era militar de carrera. Estudió en la Escuela Militar de Santiago, donde se graduó como alférez de caballería. Ascendió a teniente antes de ser nombrado instructor del ejército de El Salvador, donde alcanzó el grado de coronel y el título de director de la Escuela Militar.

Regresó a Chile en 1908 y dos años después le confirieron el grado de capitán del ejército chileno. Fue ayudante de la inspección de caballería y luego de establecimientos de instrucción militar. Más tarde ingresó a la Academia de Guerra.

En 1916 formó parte de la plana mayor de la primera división, radicada en Tacna y después fue comandante de la misma. Luego lo destinaron como segundo comandante del segundo regimiento. Ese año falleció su esposa, la salvadoreña Rosa Quiroz, con la cual había contraído matrimonio durante su estancia en El Salvador y quien le dio dos hijos: Rosa y Carlos.

Organizó y dirigió la Escuela de Carabineros y más tarde fue jefe de sección en el Ministerio de Guerra. Con el grado de mayor de caballería asistió como delegado del ejército a un concurso hípico celebrado en Río de Janeiro.

Continuó en la Escuela de Caballería hasta 1924, cuando fue enviado a la legación chilena en París como agregado militar. Regresó a Chile en septiembre de ese año. Recién llegado, participó en la rebelión contra el gobierno, de la que ya hemos hablado. En enero del año siguiente volvió a sublevarse.

En 1926 anunció su candidatura a la presidencia, pero renunció a la campaña en favor del doctor Emiliano Figueroa Larrain. Con el apoyo del ejército fue el poder tras la presidencia y obligó a Figueroa a suspender las garantías constitucionales.

Al año siguiente fue ministro del Interior y vicepresidente. Casó en segundas nupcias con Graciela Letelier Velasco, quien le dio cuatro hijas: Margarita, Graciela, Nieves y Gloria y dos hijos: Ricardo y Francisco.

Figueroa renunció a la presidencia y Carlos Ibáñez, que ya era el "Hombre de Hierro" de Chile, ascendió al poder. El cargo le fue confirmado por elección. Ibáñez trató de abolir

por completo las prebendas y el cohecho y sostuvo un programa en gran escala de obras públicas, sostenido con créditos extranjeros.

Los partidos tradicionales fueron reducidos a la impotencia, pero los partidarios de Alessandri seguían conspirando en Chile y desde el exilio. El régimen de Ibáñez reorganizó el sistema de educación pública.

Puso en vigor leyes laborales avanzadas e inició un programa progresista de reforma agraria. Propició la formación del Banco Central de Chile, construyó caminos, fomentó la aviación y modernizó el sistema telefónico.

Tomó poderes dictatoriales, censuró la prensa y compró el diario La Nación. Los legisladores que no estaban de acuerdo con él, eran enviados a colonias penales y una vez amenazó a todo el Congreso con castigarlos de este modo.

La clase media fue beneficiada por Ibáñez, con perjuicio de los otros sectores de la población. Pero cuando se produjo la depresión mundial de 1929, los créditos menguaron, las exportaciones de nitrato descendieron un 89 por ciento y los pagos de la pesada deuda exterior produjeron una gran reducción de las reservas de oro.

Los pagos al extranjero fueron suspendidos finalmente, el número de empleados menguado de manera drástica y los sueldos de los que conservaron su puesto, reducidos. Se produjo cuando menos un intento de asesinato contra Ibáñez.

Salvador Allende había sido elegido como vicepresidente de la Federación de Estudiantes de Chile y nombrado delegado al Consejo Universitario. Pedro Blanquier, miembro del gabinete, fue presionado por una coalición de liberales y reaccionarios; cuando Juan Esteban Montero, profesor universitario y ministro de Ibáñez fue obligado a renunciar, los dirigentes estudiantiles, entre los cuales estaba Salvador Allende, convocaron a una reunión en masa, en la cual se decidió la ocupación de la universidad hasta que se restauraran en Chile los derechos civiles.

La universidad fue rodeada por carabineros y soldados y hubo intercambio de algunos disparos. Se inició una oleada

de huelgas. Ibáñez mandó a sus representantes a parlamentar con los estudiantes, a los que al fin persuadieron con engaños para que abandonaran el recinto universitario.

Como resultado, Allende, entonces de 23 años de edad, fue a parar a la cárcel junto con sus compañeros. Pero cuando un médico murió víctima de un disparo, sus colegas se unieron a la huelga, Ibáñez renunció y se desterró a Argentina, desde donde declaró que había sido derrocado por una campaña de mentiras y como consecuencia de la crisis mundial.

El pueblo se volvió contra la policía, y los estudiantes, que habían ganado gran popularidad, tuvieron que apaciguar a las multitudes vengativas. Las autoridades universitarias permitieron que Salvador Allende regresara a la universidad a continuar su carrera de medicina.

Juan Esteban Montero, el ministro y catedrático universitario despedido por el dictador, se hizo cargo del gobierno provisional de Chile. El partido comunista, que se había hecho clandestinamente durante el régimen de Ibáñez, volvió a la luz formando parte del grupo Avance, integrado, además, por socialistas e izquierdistas.

El coronel Marmaduke Grove, comandante de la fuerza aérea, el prominente abogado masón Eugenio Matte Hurtado y el ex diplomático y periodista Carlos Dávila derrocaron a Montero por medios incruentos, para formar la República Socialista de Chile.

Habían tomado el gobierno de Chile, en sucesión rápida, Manuel Trucco y Alberto Cabero. El coronel Pedro Lagos, comandante de la Escuela de Infantería, apoyó a Dávila y al general Puga, aumentando a cuatro el número de miembros de la junta.

Hubo divisiones dentro del partido comunista y cada una de sus facciones pugró por el reconocimiento por la Tercera Internacional. La junta disolvió la legislatura y Dávila tomó el mando y envió desterrados a Matte y a Grove a la Isla de Pascua.

La Federación de Estudiantes de Chile decidió tomar la universidad; el gobierno de Dávila ordenó la rehabilitación

de todos los estudiantes expulsados o perseguidos, pero como el Consejo Revolucionario de Obreros y Campesinos principió a reunirse dentro del recinto universitario, Dávila clausuró la institución estudiantil, arrestó a los dirigentes universitarios, entre ellos a Salvador Allende y cerró el cuartel general de la Federación de Estudiantes de Chile.

Fue entonces cuando ocurrió el episodio doloroso que tal vez decidió el rumbo definitivo de la vida de Salvador Allende. Estaba encarcelado por segunda vez, pero las rejas no pueden cortar las alas de la conciencia y del espíritu. Lo que sí pueden hacer, en ocasiones, es impedir la presencia física del individuo junto a los seres queridos, en momentos críticos. Y allí, rodeado por estudiantes amigos y compañeros de lucha, fue donde recibió la noticia de su gran pérdida. Su padre, el notario Salvador Allende Castro, había muerto. Obtuvo permiso para asistir al sepelio. Si no había podido estar al lado de su padre en sus últimos momentos, cuando menos acompañaría sus restos al sitio en que la tierra chilena lo cobijaría y lo convertiría en parte de sí misma.

Hasta entonces había participado en la política en su condición de estudiante, aunque las actividades en que intervino, en ocasiones, tuvieran trascendencia nacional. Pero desde que acudió a cumplir con el deber filial de sepultar a su padre, su destino estuvo definido.

La voz de Salvador Allende Gossens brotó ante la tumba de su padre, expresando con fervor sus ideas espontáneas. Y surgió el juramento, la profesión de fe, el voto solemne: el joven de 24 años de edad se consagró desde entonces a la lucha por la libertad del pueblo y por la justicia social.

Fue ése el juramento que iba a cumplir, hasta que la muerte violenta frente a las metrallas de soldados traidores, comandados por paranoicos afectados de manía persecutoria, pusieran fin a su lucha.

#### DE CHILE, PARA MÉXICO

La solidaridad entre los pueblos chileno y mexicano, común a las naciones que no tienen la fuerza económica y bélica, sino

1911 Parte